

Publicación de la imprenta
Mahon



Epoca II. Año II

Alayor 22 Junio de 1912

Núm 91.

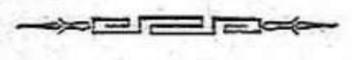
Cruz y Espada

Publicación Semanal

Redacción y Administración:
Barsola, 1.

Suscripción 0'15 ptas. al mes
Núm. suelto 0'05 ptas.

HAY QUE IR AL PUEBLO.



Sí; hay que ir al pueblo para educarle y hacerle tal como Dios le quiere, pero para esto se necesitan especiales aptitudes, que no a todos les han sido comunicadas, y una perseverancia y constancia tales, que ni los sinsabores ni contratiempos basten para dejar ese apostolado, tan necesario en los tiempos actuales.

Hay que luchar, y para ello es necesario que los contribuyentes nos conozcamos, que puedan distinguirse los amigos de Dios de los amigos del demonio, los hijos de la luz de los hijos de las tinieblas; y mientras esto no consigamos, es inútil hablar ni de lucha, ni de organización ni de nada.

Hay que hacer política, pero política sana, católica, y antiliberal: porque ahí está encastillado el ene-

migo desde hace muchos años, y es una verdadera necesidad arrojarles cuate lo que costare, si queremos que Cristo reiné en la sociedad y en la familia: si esto no hacemos, perdemos el tiempo miserablemente y muy pronto veremos las consecuencias.

Si queremos ir al pueblo para educarlo ¿que mejor preparación que mirar al Monte Calvario y contemplar seriamente al mejor Amigo del pueblo, muerto por amor al hombre en una Cruz? ¿que mejor catecismo que enseñar a Jesucristo crucificado? Para enseñar esto, para que el pueblo sencillo pueda entenderlo, no se necesita tanta ciencia, ni hacen falta muchas filosofías. ¡Cuantos, que llamándose ilustrados, ignoran en absoluto esta verdadera ilustración que nos hace grandes en ésta y en la otra vida!

Que hay que luchar es evidente,

para esto hemos nacido: «*militia est vita hominis super terram*» ¿pero cómo? ¿con que Capitán?

Con perseverancia y sin desmayar; la mayoría de las obras buenas suelen caer por falta de perseverancia, virtud ignorada por muchos y practicada por muy pocos; pero luchando con y por Jesucristo, ¿a quien hemos de temer? «*Si Deus pronobis, quis contra nos?*» Cuando hablamos lenguaje de Cristo, cuando enseñamos y trabajamos por Cristo, entonces es cuando hacemos verdadera lucha, ante la cual tiembla el infierno y huyen todas las dificultades; nuestra bandera sea *hacer y padecer* por nuestro General Cristo y *Cristo crucificado*, como quiere San Pablo, y venga todo lo que quiera.

Frente a Cristo y con una constancia digna de mejor causa, se ha levantado una bandera de rebelión en el terreno político muy singularmente; ha causado daños inmensos a la Sociedad, a la familia y al individuo, y urge luchar «*in omni patientia et doctrina*» contra los infelices que la enarbolan. ¿Acaso ha variado el Evangelio? ¿Hemos de abandonar y dejar solo a Jesús que muere en el Calvario por enseñar la verdad, y seguir a Pila-

tos, prototipo de la cobardía y del materialismo? El Dios que muere en el Gólgota por el amor al hombre, es el mismo que nos ha de juzgar y exigir estrechísima cuenta, no solo de lo que hicimos sino de lo que dejemos de hacer.

Patrón de la semana

Stos. Juan y Pablo, hermanos mart.

La Iglesia celebra con particular veneración la memoria de estos dos ilustres hermanos, que renunciaron cuantiosos bienes de fortuna y dieron su vida en defensa de la Religión católica. Así es que los nombres de San Juan y San Pablo se hallan en los Sacramentarios de la ciudad de Roma, en el canon de la Misa y en las Letanías de los Santos. En la oración del oficio divino pide la misma Iglesia al Señor se digne llenar nuestras almas de duplicado gozo, en razón á la duplicada gloria de tan insignes defensores del cristianismo. Todo lo cual prueba de un modo indudable la dignidad y honor de los santos mártires y el culto á que se hicieron acreedores.

RÁPIDA

Departiendo amigablemente con un... *conspicuo* republicano menorquín, díjele con mi natural sencillez que si por un milagro de la política lograra el partido de la res... pública sentar sus demócra-

ticas posaderas en el encumbrado sitial del Gobierno de España convertiría a nuestra nación en una descomunal olla de grillos.

Y mi republicano se enfadó, chillando pateando y escupiéndolo por el colmillo en actitud verdaderamente trágica.

Pero no aportó ningún dato, ningún argumento para demostrarme que aquella afirmación mía estaba desprovista de fundamento.

Que los gobiernos de *aquellos tiempos* no hubiesen sido del todo buenos, que los actuales, los que ahora padecemos por obra y gracia de la libertad liberal, sean todo lo rematadamente malos que se quiera, esto no quiere decir que los de las res... pública no hayan de ser peores.

Y es que en las masas republicanas no hay convicciones, no hay fe en los grandes ideales; lo que si hay, lo que si existe en el fondo de su corazón es odio a la Religión del Crucificado y a cuanto sea garantía del orden, del progreso y de la libertad.

Las masas que hoy gritan ¡viva la república! ¡Viva Lerroux! ¡Viva Perico de los Palotes republicanos!, gritarán mañana ¡abajo la república! ¡muera Lerroux! cuando se convenzan de que ni Lerroux ni la república han de proporcionarles el hartazgo de felicidad y bienandanza que con cinismo verdaderamente inaudito se les ha prometido desde las columnas de los periódicos y desde la tribuna del mitín.

Conviene tener presente que las masas republicanas, *educadas* por esa prensa y por esos oradores *fulminantes* que todos conocemos, no son una bicoca, no

son cosa despreciable que digamos, y forzosamente tendrían que entorpecer la gestión gubernativa de los prohombres republicanos el día que estos fuesen poder.

M. Pons.

CERQUITA DE LA MAR

¡Que goces tan divinos.
 Qué gratas emociones,
 Qué lindas ilusiones
 Me llevo yo a formar;
 Cuando tras largo rato,
 De verme abandonada,
 Me siento allí, cansada.
 Cerquita de la mar.

Allí se va pasando
 Sin padecer la vida;
 Allí todo convida
 Al pobre corazón,
 A que se eleve al cielo,
 A que medite y ore
 Y a que de Dios implore
 Amor y compasión.

Si Dios es admirable
 Y en todo poderoso,
 Jamás es tan glorioso
 Tan digno de admirar;
 Como al hacer que mueran
 Rendidas y humilladas
 Las olas encrespadas
 De la furiosa mar.

¡Oh! qué placer disfruto
 Mirando la belleza
 Qué ofrece la grandeza
 Del mar encantador;
 Y como me remonto
 De allí de las criaturas
 Arriba á las alturas
 Do está nuestro Señor.

No encuentro ya en la tierra
 Nada que alague tanto
 Como el dichoso encanto
 Que ofrece allí la mar;
 Ni nada que me hechice
 Tan santa y puramente
 Como el plácido ambiente
 Que llego a respirar.

Y todos mis amores,
 Y todas mis caricias
 Las tengo en las delicias
 Que allí me da el Señor;
 Y pongo yo mi dicha
 En solamente amarle
 Y en siempre poder darle
 Mi deleznable amor.

Los más gratos recuerdos,
 Las horas más dichosas...
 Las cosas más graciosas
 Que llego yo a pensar;
 Las he tenido siempre
 Después que abandonada
 Me siento allí, cansada,
 Cerquita de la mar.

Pura Flor del Campo.

CLEROFOBIA

Cómo si la existencia del clero fuese la causa única y exclusiva de todas nuestras desventuras, y como si con su desaparición y exterminio fuese a coincidir el principio de una era de dicha y prosperidad para nuestra nación, se ha desarrollado desde hace algún tiempo una campaña sañuda y cruel contra los ministros del Señor.

Dicha campaña debe ser mirada con desprecio y asco, no ya por los creyentes, sino por cuantas personas abriguen sentimientos honrados, sean las que quieran sus opiniones religiosas y políticas.

Todo es en ella miserable, y repugnantes los móviles a que obedece y los procedimientos empleados: se ultraja al sacerdote, al fraile y a la monja porque falta valor para decir que se ataca a Cristo y a su religión sacrosanta, que es lo que verdaderamente se trata de perseguir; se combate a los ministros del Señor por ser los más firmes sostenes de la sociedad y del orden contra los enemigos de lo existente, y no se atreven con el militar porque lleva espada al cinto; se insulta al clero porque saben que fiel a las enseñanzas de su Maestro tienen el perdón siempre en los labios, y se explota canallescamente su generosidad y virtud cuando ven sus detractores abiertas las puertas de la cárcel como castigo a sus falsedades injuriosas.

No se combate al clero refutando serena y noblemente las doctrinas que predica, ni se trabaja por mejorarlo denunciando a quien corresponde las faltas en

que puedan incurrir algunos de sus individuos; se le ataca soez y arteramente, lanzando contra sus honras puñados de fango amasado en ciertas redacciones, por hombres que, si carecen de méritos literarios y conocimientos científicos, son en cambio maestros en el uso de la injuria y calumnia; y así un día leemos los escándalos de un cura en un pueblo que no existe, otro se nos habla de las proccidencias de un sermón que no fué pronunciado, otro de misteriosos secuestros en un convento, otro de bárbaros castigos en una escuela religiosa, otro de inhumanos martirios de monjas; y cuando la opinión se excita y la justicia interviene y los hechos se depuran resulta que la secuestrada está allí satisfecha y feliz, que el parvulillo solo recibe caricias o ligeras correcciones muy inferiores a sus travesuras, que la muerte misteriosa fué debida a enfermedad vulgar y corriente; entonces la prensa difamadora calla o insinúa que los jueces eran clericales o vendidos al oro de la reacción.

En esa forma rufanesca e indigna se ha forjado la atmósfera de odio que hoy rodea al clero y en especial a las Ordenes Religiosas: únense a esto fantásticas leyendas acerca de los millones de los conventos, de la competencia que hacen al proletariado, de la regalada vida que en ellos se practica, y díganme si puede extrañar que el populacho desee saciar sus odios en los indefensos ministros del santuario.

Yo no diré que por ser sacerdote sean todos santos; pero si afirmo que cuando tanto nos escandalizan y desedifican las faltas que alguno pueda cometer, es por-

que no estamos acostumbrados a ellas o porque reconocemos a pesar nuestro la autoridad espiritual y sobrehumana que Dios les ha otorgado.

En uno u otro caso tengamos para ellos el amor y respeto que merecen, y cuando como hombres caigan, ayude-mos a levantarlos, más no nos dediquemos a exagerar y abultar sus faltas, pues la justicia exige que aun mirando la cuestión con criterio impío, no se tenga para el clero un rigor que no se usa al juzgar al abogado ni al médico, al militar ni al ingeniero y mucho menos al periodista, que discutiéndolo todo aspira a ser indiscutible.

Si la peste pudiera dar destinos, tendría adoradores.

Montesquieu.

¿Paradoja?

Dicen los periódicos que en el mitín jaimista celebrado en Eiba los radicales gritaban «¡viva la libertad!» empuñando el revolver en actitud de amenaza.

Así son ellos... los amantes de la libertad.

**Palabra que más se usa
y de que más se abusa.**

——
INTOLERANTE

Tienen ustedes razón; alguna vez la habían de tener: los católi-

cos intolerantes, porque lo blanco inmaculado no puede ser negro, ni azul, ni verde, ni tener matiz que empañe aquel color; queremos decir que no hay más que una doctrina inimitable, dada por Jesucristo a la Iglesia, y no hemos de variarla ni consentir que la varíen. Lo que sucede a los católicos es que ya no pueden ser tolerantes con los que quieren definir y legislar lo que no está en sus atribuciones ni en el conocimiento de lo que dicen y hacen, en cambio, con los extraviados tienen compasión; sus errores los acogen con caridad, no les niegan sus socorros, si les son necesarios; les consuelan en sus aflicciones y les atraen con dulzura. En cambio los detractores de la Sacrosanta Religión, esos son los intransigentes, los déspotas, los que no toleran que un católico confiese a Cristo en todo momento y en todo lugar. Si leyerais sus periódicos verías el ataque brutal, la calumnia soez el odio satánico con el que tratan de burlarse de la virtud. Nosotros convencemos con razones y con ejemplos: ellos atacan con saña y malas artes. ¿Y la tolerancia donde está?... Que lo digan los republicanos de Valencia, que

la emprenden a tiros con los jóvenes jaimistas que, en uso de su derecho, salían de celebrar una velada en su Círculo.

Y..... ¡Viva la libertad!

Cortamos y pegamos

A. B. C. dice lo siguiente:

«Don Melquiades Alvarez no pudo hablar en Barcelona; no lo permitieron los radicales; y no bastó este atropello: le ultrajaron con silbidos e injurias.

El señor Alvarez y el señor Lerroux, el señor Soriano y Pablo Iglesias pueden ir a predicar sin riesgo ni estorbo contra la Iglesia en las ciudades más católicas, y contra la monarquía en las ciudades más monárquicas.

Los republicanos, intolerantes y feroces contra sus enemigos, también lo son entre ellos, y antes en Valencia, después en Sevilla y Zaragoza y ahora y ya antes en Barcelona, dan ejemplo de lo que sería la república. *La intransigencia y la tiranía se ha refugiado en los que blasonan de su amor a la libertad y al progreso. Así dan un argumento vivo de lo que ocurriría en la nación si cayera en sus manos.*

¡Lo que sería la república! es el

comentario que sugería a todo el mundo el escándalo de Barcelona.»

«*La Mañana*» hablando también del meeting efectuado en el teatro del Bosque de Barcelona dice:

«Una vez peroró el jefe de los radicales revolucionarios no conjuncionistas en el teatro de la Gran-Vía de Madrid, le jalearon los amigos, se prometió un evangelio para el discurso del pontífice ácrata convertido hoy por el oro y la política en dictador de un partido organizado.

Se dijo que había de exponer el orador varias verdades para arrancar algunas caretas.

Nadie turbó la placidez del acto. El caudillo fué desarrollando sin obstáculos los párrafos de la arenga. Dijo lo que le vino en gana. Por cierto que le vino en gana decir cosas realmente pintorescas, absolutamente originales que no han sido bastante desmenuzadas.

Las palabras eran el límite del desenfado: lo más tartarinesco y arbitrario que se ha dicho en Madrid desde hace muchos años.

Nadie chistaba. El señor Lerroux se despachó a su gusto. Terminó la orografía republicana señalando por sus nombres a los himalayas revolucionarios. Relató el

pasado y lo que es más difícil aún profetizó el porvenir, según las conveniencias del partido y de su jefe.

Al final del acto Lerroux tomó su automóvil y se encaminó a su lujoso cubil del hotel de la calle de O' Donnell.

Los conjuncionistas no impidieron el acto público y no quisieron turbar la tranquilidad del alegato radical.

Pero este ejemplo de ecuanimidad no ha tenido eficacia, y en la primera ocasión los lerrouxistas han pagado en mala moneda.»

«*El País*» dice que el escándalo que ahogó en Barcelona la voz de don Melquiades Alvarez es una enseñanza elocuente, una admonición severa, *un ejemplo lamentable de intransigencia*, y añade:

«Los barceloneses son corteses. Melquiades Alvarez no ha hostilizado al señor Lerroux. ¿Cuál es la causa del escándalo? Indudablemente resquemores de unos jefes y otros.

Parece que los republicanos se han juramentado para sostener la monarquía sobre la base de pequeñas e irreductibles discordias.»

Frutos del trabajo

El general Drouot, que llegó a

ser ayudante de campo de Napoleón I, era hijo de un panadero de Norey. Siendo niño se ocupaba en llevar el pan a los parroquianos cuando salía él de la escuela. Cuando sus padres eran muy pobres, se acostaban temprano para economizar lumbre; pero el niño estudiaba sus lecciones a la luz de la luna. Levantábase temprano y volvía a su estudio sirviéndose de la luz que despedía el horno. Con el trabajo, la honradez y el valor fué adquiriendo grados en la milicia, y al ser nombrado general le dijo Napoleón.

—Vuestra intrepidez os ha merecido este grado.

—Señor—respondió Drouot—no temo ni la muerte ni la pobreza, no temo más que a Dios y aquí está toda mi fortaleza.

Dos pródigos

En 1906 murió un americano, John Steel, reducido a la mayor miseria, después de haber dilapidado en solos siete meses la enorme suma de quince millones de francos. ¡Nada, una friolera!

San Carlos Borromeo vendió su principado, que le tocaba por he-

rencia, y un solo día distribuyó entre los pobres los cuarenta mil escudos de oro cobrados en la venta, y otro día los veinte mil que recibió de un legado; llegando por fin a tener que vender su ajuar para alivio de los pobres y reducirse él a dormir sobre una tabla.

El primero era un «clerical» de los más clericales; el segundo tenía mucho de «anticlerical.»

¿Cuál de los dos pródigos es más simpático? ¿Y cuál de ellos atesoró más riquezas para la gloria? ¡Ah! si la mitad de lo que se gasta en diversiones peligrosas y en superfluidades se diera a los pobres, la cuestión social estaría resuelta.

ANUNCIO

En este Establecimiento gran surtido de postales, juguetes, albums y hermosísimos Niños de Praga.

Todo a un precio muy económico.

José M.^a Quadrado 16.
Ciudadela.